

**XXXI Jornadas de Investigación del Instituto de Literatura Hispanoamericana
Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires - marzo de 2019**

**Lecturas de excepción:
defensa y elogios de los folletines de Eduardo Gutiérrez en la década de 1880**

Alejandro Romagnoli
(UBA-CONICET)

En las últimas décadas del siglo XIX, la élite no se vinculó con la literatura popular de una única manera. Como explica Adolfo Prieto (2006: 157), la “fascinación” y la “perplejidad”, la “exaltación” y la “cólera”, sin excluirse necesariamente, formaron parte de esas distintas percepciones. Sin embargo, cuando se revisa en particular la crítica literaria del período, lo que parece observarse es más bien la misma condena. En este sentido, Jorge Rivera señaló que el fallo de la crítica culta frente a los folletines de Eduardo Gutiérrez se caracterizó por continuar la visión condenatoria que Martín García Mérou había desarrollado en su artículo “Los dramas policiales” (1967: 29; véase también 1980: 224-225); y, por su parte, Alfredo Rubione sostuvo que, si la gauchesca de Hidalgo y Hernández no tuvo que esperar al Centenario para ser valorada, aquello que el siglo XIX realmente no toleró fue el moreirismo (2006b: 85).

Planteada así la cuestión, se perciben con facilidad las razones que vuelven atractivas las lecturas de dos críticos de la época, Ramón Machali Cazón y Federico Tobal, quienes tuvieron una mirada positiva hacia las obras de Gutiérrez. Aunque se trate en ambos casos de nombres poco conocidos, de figuras más bien menores, analizar sus textos contribuye a comprender de mejor forma cómo la crítica literaria del siglo XIX leyó esta vertiente de la literatura popular y construyó sentido en torno a ella. A continuación, por lo tanto, me preguntaré en qué medida sus intervenciones responden al valor –cualquiera sea– de las novelas de Gutiérrez, y hasta qué punto se explican por discusiones que exceden el eventual mérito de esas páginas. Asimismo, me interesará examinar cuáles son las operaciones que hacen que estas lecturas se distingan del coro de voces de la época, y cuáles son aquellas otras que responden a los modos de leer típicos de la crítica literaria decimonónica.

Comenzaré por Ramón Machali Cazón. Fue autor de una *Literatura preceptiva* (1888) y de un *Estudio de literatura argentina* (1889), destinados a la enseñanza en colegios nacionales. Escritor militantemente católico, publicó en la prensa de la comunidad gallega, y en 1898, en el contexto de la guerra hispano-estadounidense, dio a conocer un folleto en defensa de España. Amigo de Calixto Oyuela, se conservan ejemplares de sus libros dedicados a Ricardo Monner Sans y a Bartolomé Mitre¹.

De Machali Cazón consideraré dos artículos, probablemente de 1880 y 1884, luego recogidos en libro, en 1889. En el primero, titulado “Literatura perniciosa”, polemizó con Basilio Cittadini, quien, en *La Patria* (luego *La Patria Italiana*), diario del que era director, había censurado las novelas de Gutiérrez; en el segundo artículo, una reseña de la novela de Julio Llanos *Arturo Sierra*, se refirió a Gutiérrez en el panorama de la literatura argentina que precede al comentario específico.

Machali Cazón no dejó de aclarar que su gusto por la literatura popular era escaso, y que solo se acercó a los folletines de Gutiérrez después de que las críticas negativas, en lugar de alejarlo, le despertaran curiosidad. Escribía, por lo tanto, para defender al autor de esos injustos ataques. Los folletines debían juzgarse según su género, argumentaba, y no por parámetros eruditos; se trataba de “inocentadas”, de “pillerías” (55), cuya finalidad era entretener (50). Si eso no los libraba de defectos – “Son demasiado de actualidad” (51), admitía–, poseían un mérito inestimable, el de “haber despertado en el público el gusto por la lectura de la novela propia, nacional...” (102).

Como puede ya comenzar a observarse, el interés del crítico por estas novelas parece responder menos a su valor particular que a la posibilidad de intervenir en otras direcciones. El primer artículo es, como señalé, una discusión con Basilio Cittadini, que, según se adivinaría por ciertos tonos, puede haberse alimentado de otros motivos, no exclusivamente los declarados. Pero es también una discusión más amplia, que le permite por contraposición diseñar su propio lugar de escritura. En su defensa del joven Gutiérrez, Machali Cazón arremete contra esos “grandes críticos que llenan esas imprentas de Dios” (50), esos “pseudo literarios” que pretenden dirigir al pueblo bajo en el uso del idioma (49).

Más allá de estas provocaciones explícitas, puede llamarse la atención sobre otras dos frases, tramadas sin mayor realce en el hilo del discurso, pero, acaso por eso, más

¹ El ejemplar de *Literatura preceptiva*, dedicado “Al. Dr. R. Monner Sans”, se conserva en la biblioteca de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. El ejemplar de *Ensayos críticos y literarios*, dedicado “Al general Mitre”, se encuentra en la biblioteca del Museo Mitre.

atendibles. Por una parte, una referencia a sí mismo que asume abiertamente el valor económico de la literatura: Gutiérrez –escribe Machali Cazón– “ha encontrado, lo que otros muchos escritores no encontramos, el modo de hacerse populares y de vender sus libros” (56). Por otra parte, se destaca también la referencia a *Juan Moreira*, a *El Chacho*, a *El Jorobado*, etc. como “verdaderas novelas populares que *conocen mejor que nosotros nuestros lectores...*” (102). Subrayo las últimas palabras, indicios de un diálogo entre el crítico y los lectores en torno a unas lecturas compartidas que, aun cuando el fin fuera censurarlas, solían esconderse tras el decoro.

Ahora bien, la lectura de Machali Cazón es en realidad bastante menos original que lo dicho hasta aquí podría sugerir; aquellas afirmaciones disonantes responden en última instancia a ciertos modos fundamentales de leer de esa crítica literaria de la que el autor decía renegar. Si, según Machali Cazón, el pueblo bajo hablaba el idioma “con tanta propiedad como en la Península”, existían excepciones: el de “la capital” y también el de “algunos puntos en que predomina el elemento extranjero” (49). Pero, sobre todo, lo que permanece inalterable, es el gesto crítico del rechazo, configurado en términos morales. “Literatura perniciosa” –título que replica polémicamente el del artículo de Cittadini– es menos una nota irónica –como su carácter duplicado llevaría a suponer– que una declaración sin dobleces, puesto que la defensa de los folletines de Gutiérrez es al mismo tiempo un ataque a todas aquellas obras que Machali Cazón considera constituyen la verdadera literatura perniciosa: el naturalismo de Zolá en su conjunto; *Margarita*, novela de Josefina Pelliza (1875); la escena de alcoba en la “La lluvia”, relato de Eduardo Wilde; y los artículos políticos de la prensa que en su mayor parte serían “incendiarios, impíos, libidinosos, ateos...” (54).

Me referiré ahora a Federico Tobal, miembro de una familia encumbrada, uno de cuyos antepasados había participado en la guerra por la Independencia. Jurisconsulto, latinista, publicó artículos, correspondencias, reseñas. Según Vicente Cutolo (1985: 339), cuando Tobal falleció, en 1898, dejó inconclusa una *Historia de la literatura sudamericana*. Su artículo sobre Gutiérrez es extenso y su título es el siguiente: “Los libros populares de Eduardo Gutiérrez. El gaucho y el árabe”. Se publicó en cinco entregas, en *La Nación*, en 1886.

La fecha es sugerente: 1886 es el año que Adolfo Prieto señaló como el de una eclosión literaria y editorial del criollismo popular. Parte de ese fenómeno se observa en el hecho de que, de las 58 obras de autores argentinos consignadas para ese año en el *Anuario Bibliográfico de la República Argentina*, 16 pertenecieran a Gutiérrez. Según

explica Prieto, esas circunstancias fueron las que habrían llevado a que, en el *Anuario*, se le dedicara al autor de *Juan Moreira* una crítica acerba (2006: 57). Desde las páginas de otro un órgano periodístico, *La Nación*, Federico Tobal dio a conocer su texto, tan distinto en sus ideas como similar en su ímpetu respecto de aquel comentario reprobatorio.

A diferencia de Machali Cazón, que valoraba los folletines sobre todo como entretenimiento, para Tobal la simpleza ocultaba oficios más serios: “Bajo la capa de sencillas narraciones y cuentos de pasatiempos, el Sr. Gutiérrez encara serios problemas de filosofía social y despoja sus incógnitas con acertado criterio...” (16/2/1886). Es este doble carácter el que explicaría que, a pesar de que la novela perteneciera a la literatura popular, dirigida “a las masas indoctas”, y a no la “erudita”, orientada a la “aristocracia de la inteligencia” (son expresiones de Tobal [4/3/1886]), al mismo tiempo el crítico no haya hecho, a lo largo de su ensayo, más que situar a Gutiérrez en una serie que, con Echeverría como precursor, y pasando por Sarmiento y por Mármol, llegaba también a Gorriti.

Gutiérrez es, para Tobal, alguien que ha descubierto aquello que, por familiar, pasaba desapercibido; es quien ha revelado los “secretos rurales y urbanos” (16/2/1886), que una propaganda “contra todo lo criollo, contra todo lo patrio” –dice– ha contribuido a oscurecer (2/3/1886). Gutiérrez, ante todo, es quien ha retratado al gaucho: “lo ha pintado tal cual él es”, afirma (23/2/1886), para extenderse luego en rasgos que pertenecen más a la literatura que a la vida, más a la propia imaginación de Tobal que a la de Gutiérrez. La vida del gaucho se trataría de un “poema épico”, los cuadros de la familia rural serían “homéricos”, su belleza “apolinaria” bien le habría valido el aplauso de la Grecia (18/2/1886). Pero, más allá de esas comparaciones, es otro el antecedente en que ancla Tobal el origen de su gaucho. El subtítulo ya lo anunciaba: “El gaucho y el árabe”. Allí donde Sarmiento veía una analogía, Tobal estableció una ascendencia, vía España, sin ninguna metáfora. En cierto momento de sus indagaciones, el vínculo que adivinaba se le hizo evidente: “No había duda ya para nosotros, la raza de la llanura argentina era la misma raza del desierto asiático que levantó a millares los alcázares y aljamas [...]. No era ya solo el tipo exterior del gaucho donde encontrábamos el sello de su origen, lo descubríamos también en sus costumbres, sus usos y hasta en sus creencias y el tinte de su especial civilización” (4/3/1886).

Como sucedía con Machali Cazón, las novelas de Gutiérrez parecen interesarle a Tobal, antes que por sí mismas, por aquello otro que le permitirían decir; en este sentido, los folletines quedan por momentos en un segundo plano; de hecho, en el artículo no hay

citas directas de las novelas de Gutiérrez, y sí hay extensas referencias textuales a otros autores. Por ejemplo, para ilustrar el “desarrollo moral” del gaucho, Tobal cita un largo relato que el coronel Álvarez Barros hace en su libro *Indios, fronteras y seguridad interior* (23/2/1886). Por qué, entonces, cabría preguntarse, Tobal construye su lectura del gaucho en torno a la obra de Gutiérrez, y no a la de otros autores que parecieran avenirse mejor con sus propias ideas; si quisiera tentarse una respuesta, se podría recordar la hipótesis de Juan Pablo Dabove según la cual Gutiérrez construyó al gaucho “por sustracción”, y que fue esa construcción la que posibilitó la “universalización” de su figura, es decir, la que dotó al folletín de “una enorme potencia de articulación y apropiación política” (2010: 307-309)².

Insinué antes la existencia de ciertos vínculos entre el texto de Tobal y las lecturas que se hicieron de la gauchesca hacia el Centenario. Aquí apuntaré apenas una diferencia y una similitud. Primero, la diferencia, que lo es también si se consideran otras miradas sobre el gaucho contemporáneas a la suya. Para Tobal, en 1886, el gaucho no era cosa del pasado, ni estaría destinado a serlo; no solo el final de esa raza le parecía algo “odioso y absurdo”, sino también “impolítico”, dado que el gaucho constituía, según él, el núcleo de una nacionalidad esencialmente homogénea (4/3/1886). La propuesta de Tobal pretendía ir más allá del panegírico: proponía una suerte de reforma agraria por medio de la cual la legislación reparara la injusticia cometida con el gaucho; era necesario terminar con los latifundios que hacían del habitante de la llanura un paria en su propia tierra (2/3/1886).

Por otra parte, la similitud con las lecturas del Centenario puede plantearse a partir de aquel célebre pasaje del prólogo de Lugones a su libro *El payador*, en que anota que, cuando dictó sus conferencias sobre el *Martín Fierro* en el teatro Odeón, “la plebe ultramarina [...] desató contra [él] [...] sus cómplices mulatos y sus sectarios mestizos” (2009 [1916]: 41). Tobal también fue explícito en el modo en que la exaltación del gaucho buscaba constituirse, más que como defensa frente al cosmopolitismo (“somos políglotas”, se enorgullecía [2/3/1886]), como una defensa frente a cierta clase de

² “Suprimiendo su pelo rubio y esas marcas, Gutiérrez transforma a Moreira en representante de la pan-raza argentina [...], un significante vacío donde cualquier raza puede haber sin notorio conflicto: criollos, italianos, españoles judíos. Casi la totalidad de la descripción de Moreira [...] podría haber sido la descripción del unitario de *El matadero*. Pero también podría ser la de Carlo Lanza” (Dabove, 2010: 309). La argumentación de Dabove lo lleva a concluir lo siguiente: “[...] podría postularse –hipótesis esbozada por Borges– que la universalización de Lugones y Rojas del *Martín Fierro* en el siglo XX tiene como condición de posibilidad la universalización de los gauchos malos de Gutiérrez. [...] El *Martín Fierro* es un texto muchísimo más denso lingüística, política, psicológicamente. [...]” (313).

inmigración, frente a cierta clase: “¿Qué pueden llevar a nuestras campañas de luz y de nobleza moral esas turbas del pueblo bajo europeo que la Europa arroja a nuestras playas, como las corrientes la resaca?” (2/3/1886). La pregunta, aunque retórica, se refuerza con una respuesta: “[...] lo único que pueden llevar es el virus púnico que genera pueblos sin historia, estériles para la humanidad...” (2/3/1886).

A modo de conclusión, quisiera hacer referencia a ciertas derivaciones de las lecturas de Machali Cazón y de Tobal. Del primero no he podido consultar su *Estudio de literatura argentina*, de 1899, manual escolar de corte historiográfico, pero por quienes sí han podido acceder al ejemplar hoy no disponible, nos es posible saber que Machali Cazón se detuvo en Eduardo Gutiérrez también en esas páginas (Barcia, 1999: 165-166). Aunque los datos son exiguos, resulta interesante al menos imaginar la circulación que sus ideas sobre *Juan Moreira* habrían tenido ya no en la prensa sino en el ámbito escolar a fines del siglo XIX.

Bien a fin de siglo, por otra parte, en 1897, el estreno de la ópera *Pampa*, basada en Juan Moreira, vino a expresar –según Prieto– “... el momento más fluido de las relaciones de contigüidad entre los niveles de la cultura popular y la culta” (2006: 162). En ese momento, en un artículo a propósito de la ópera, también en *La Nación*, Tobal reiteró algunas de las ideas que había escrito hacía una década. Esta nueva publicación atestigua la persistencia de las ideas del autor, pero se vuelve más significativa cuando se la conecta con otro dato. Arturo Berutti, el director de la ópera, se había casado poco tiempo antes con Raquel Tobal, hija de Federico Tobal. Por cierto, más que a las relaciones familiares, cabría atender a circunstancias de otro tipo para explicar un fenómeno como el de la composición y la puesta en escena de *Pampa*: por ejemplo, el interés temprano de Berutti por la música nacional, ya para 1882 (Veniard, 1988: 63); y la existencia de la ópera *Juan Moreira*, compuesta por Enrique Bernardi hacia 1891, nunca estrenada (Veniard, 1988: 198). Sin embargo, no deja de resultar sugestiva la forma en que el fenómeno de la versión operística se liga con el artículo de Tobal, y que viene a reafirmar a este como un texto valioso para entender los modos en que, también en el ámbito de la crítica literaria, se vincularon los distintos niveles de cultura a fines del siglo XIX.

Bibliografía

Primarias

Anuario Bibliográfico de la República Argentina. Año VIII, 1886 (1887), Buenos Aires, Imp. de M. Biedma.

[Cittadini, B.] (15 de abril de 1880), “Letteratura perniciosa”, *La Patria*, p. 1., c. 2-3.

Gutiérrez, Eduardo (2001), *Juan Moreira*, prólogo de Alejandra Laera, Barcelona, Sol 90/AGEA.

Lugones, Leopoldo (2009 [1916]), *El payador*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional.

Machali Cazón, R. (1889), *Ensayos críticos y literarios*, París, Librería Española de Garnier Hermanos.

Tobal, Federico (1886), “Los libros populares de Eduardo Gutiérrez. El gaucho y el árabe”, *La Nación*, martes 16 de febrero, p. 1, c. 3-4; jueves 18 de marzo, p.1., c. 2; martes 23 de febrero, p. 1, c. 3-4; martes 2 de marzo, p. 1, c. 2-3; jueves 4 de marzo, p. 1, c. 2-4.

— (1897), “Pampa. Arturo Berutti”, *La Nación*, 12 de agosto, p. 3, c. 3-5.

Secundarias

AA. VV. (1983), *En torno al criollismo. Textos y polémica*, estudio crítico y compilación por Alfredo Rubione, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Barcia, Pedro Luis (1999), *Historia de la historiografía literaria argentina. Desde los orígenes hasta 1917*, Buenos Aires, Pasco.

Blanco, Oscar (2006), “De la protocritica a la institucionalización de la crítica literaria”, en Rubione (2006), pp. 451-486.

Cutolo, Vicente O. (1985), “Federico Tobal”, en *Nuevo diccionario biográfico argentino: 1750-1930*, v. 7 SC-Z, Buenos Aires, Elche, p. 339.

Dabove, Juan Pablo (2010), “Eduardo Gutiérrez: narrativa de bandidos y novela popular argentina”, en Laera, Alejandra (Dir.^a del volumen), *Historia crítica de la literatura argentina: el brote de los géneros* (Dir. Noé Jitrik), Buenos Aires, Emecé, pp. 295-324.

Laera, Alejandra (2004), *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*, Buenos Aires, FCE.

Prieto, Adolfo (2006), *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Rivera, Jorge B. (1967), *Eduardo Gutiérrez*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

- (1980), “El folletín. Eduardo Gutiérrez”, en *Historia de la literatura argentina 2. Del Romanticismo al Naturalismo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, pp. 217-240.
- Rubione, Alfredo (Dir. del volumen) (2006a), *Historia crítica de la literatura argentina: la crisis de las formas* (Dir. Noé Jitrik), Buenos Aires, Emecé, pp. 451-486.
- Rubione, Alfredo (2006b), “Retorno a las tradiciones”, en Rubione (2006a), pp. 75-100.
- Veniard, Juan María (1988), *Arturo Berutti, un argentino en el mundo de la ópera*, Buenos Aires, Instituto Nacional de Musicología “Carlos Vega”.